

LAS VERDADES NÓMADAS

Felix Guattari y Antonio Negri.- *Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente, comunismo.* Madrid, Akal (Cuestiones de antagonismo, nº 2), 1999.

Juan Pedro García del Campo

Reseña publicada en la revista *Riff-Raff* en las pp. 41-50 del número 12 (invierno de 2000)

Publicado inicialmente en 1985, *Las verdades nómadas* es, a un tiempo, un texto de reafirmación y un texto de cierre: reafirmación de una posición, en lo político y en lo teórico, que a mediados de los 80 parece definitivamente en quiebra; cierre de un ciclo de luchas iniciado en el 68 y derrotado en la ofensiva capitalista que vehiculó la crisis de los 70: balance y rendición de cuentas. Es también, por eso mismo, un texto inaugural: inicio de un nuevo ejercicio, nuevo proyecto, nueva batalla.

A mediados de los 80, efectivamente, se viven tiempos de derrota: a nivel general, la ofensiva neoliberal que se iniciara provocando la llamada “crisis del petróleo” alcanza los momentos más agresivos y se manifiesta como una apuesta por la desregulación y por una represión que excede todo límite “de derecho”: los triunfos electorales de R. Reagan o de M. Thatcher, los últimos coletazos del estalinismo en el bloque soviético, son sólo la punta de un iceberg que mantiene su faz más siniestra confinada en los barrios obreros, en las zonas marginales y en un tercer mundo cuyos límites territoriales quedan cada vez más desdibujados. También en el ámbito de la construcción de las subjetividades estamos en tiempos sombríos: la represión y la crisis tuvieron una innegable prolongación en la larga cadena de integraciones en el sometimiento de buena parte de aquella generación que a finales de los 60 encontró una ilusión colectiva que hacer suya y que vio sin embargo cómo se desvanecía en la región nebulosa de las fantasías juveniles: los 80 son, tanto como los años de lo postmoderno y del pensamiento débil, los años de la desutopía, del regreso a la casa del Orden-Padre o del largo túnel de la marginalidad y la muerte; seguramente no es ajena a esta circunstancia la lista de los suicidios o de los ataques de locura que azotan a los más comprometidos en las luchas teóricas e ideológicas de las décadas anteriores.

Negri y Guattari también, aunque de distintas formas, han hecho el recorrido de la derrota; su particular viaje a la caza de espacios liberados se ha convertido en bajada a los infiernos, en reconocimiento de la sobreabundancia del poder (ajeno, permanentemente expropiado) y en necesidad de redefinir los objetivos y de recomponer las fuerzas: en 1985, Negri acaba de instalarse en Francia, huyendo de una vuelta a la cárcel en la que había permanecido entre 1979 y 1983, y Guattari, en pleno desfondamiento del proyecto de la antipsiquiatría, dará cuenta del páramo intelectual y político de su tiempo en un libro que titulará, de manera muy explícita, *Los años de invierno, 1980-1985*. La salida del túnel partirá, para Guattari, del acercamiento a unos movimientos ecologistas que, antes de reconvertirse en “partido verde” constituyeron la apertura de un nuevo marco de conflictividad y de reivindicación de una vida y de una subjetividad al margen del orden del capital; para Negri, de la profundización de unas líneas de análisis de las que ya hablara en esa entrevista publicada como *Del obrero masa al obrero social*; para ambos, de la escritura al alimón de *Las verdades nómadas*. Los sucesivos títulos con los que el libro fue pensado atestiguan el papel que para sus autores debía jugar en la apertura de nuevos espacios: si el que habían previsto darle era *Nuevas alianzas*, el que recibió en la publicación francesa de 1985 fue *Les nouveaux espaces de liberté* (y el parecido con el nombre del CINEL, en cuyo seno articulaba entonces Guattari su intervención política, no es una simple coincidencia), mientras que la edición italiana de 1989 se tituló *Le verità nomadi. Per nuovi spazi di libertà* y la realizada en 1990 en los USA *Communist like us. New spaces of liberty, new lines of alliance*.

Nuevas alianzas y nuevos espacios de libertad; nueva composición de clase, nueva subjetividad y nueva estrategia para un viejo (y sin embargo joven) objetivo: la construcción del comunismo. Tanto Negri como Guattari han participado (de una u otra forma) en la experiencia “obrerista” que se ha desarrollado en la Italia de la década anterior; por eso, necesariamente, la nueva andadura, habida cuenta de la derrota del sueño, exige un replanteamiento de las posiciones que constituyeran su sustento.

Las tesis del obrerismo, que se había opuesto a la acomodación de las fuerzas políticas del movimiento obrero clásico en el Estado-de-los-partidos y que, desde esa oposición, había jugado como instrumento de recomposición de las fuerzas antagonistas forjando incluso la ilusión de una autonomía de clase, partían de una radical distinción entre la clase obrera, entendida como sujeto productivo y como sujeto revolucionario, y el resto de los componentes de la estructura social, sean estos asalariados o no. El obrerismo es consciente de las modificaciones (productivas y sociales) que vienen desarrollándose en torno a la extensión del “Estado del Bienestar”: de la extensión del modelo de la proletarización a las relaciones laborales del sector terciario o del ámbito re-productivo (ya Tronti había desarrollado esta perspectiva en sus primeros artículos en los *Quaderni Rossi*), de la progresiva incorporación de la esfera mercantil a las tareas “reproductivas” de la relación de sometimiento, y del progresivo establecimiento de una cierta “solidaridad social y funcional” entre los distintos tipos de asalariados. Sin embargo, y quizá frente al modelo ideológico que tiende a identificar ese nuevo conjunto de realidades bajo la categoría de “clase media”, el obrerismo insiste en el carácter secundario o epifenoménico (no estructural) de esa variación, y profundiza en la afirmación clásica según la cual la clase obrera (definida en términos fabriles desde la noción de “trabajo productivo” como único generador de valor y, por tanto, entendida como aquella de la que puede extraerse plusvalor) es el verdadero centro sobre el que se ejerce la explotación capitalista y, así la fuente de toda verdadera resistencia al dominio del capital y el auténtico sujeto revolucionario a cuyas determinaciones debe plegarse cualquier otra dinámica de enfrentamiento que estalle en el ámbito social.

En la perspectiva “obrerista”, de este modo, toda lucha abierta tiene que ser re-dirigida hacia su confluencia con el movimiento obrero, único ámbito en que puede ser expresión de una conflictividad revolucionaria y no ya del simple descontento pequeño-burgués de las figuras emergentes de la relación salarial generalizada.

A finales de la década de los 70 y a principios de los 80 (en realidad, ya desde los sucesos del 68 la cuestión resultó clara, pero los teóricos del movimiento, en buena medida, se resistieron a verlo), diversas expresiones teóricas insistieron en la imposibilidad de seguir manteniendo un análisis semejante: de esta percepción derivan no sólo las tesis sobre la “segunda sociedad” o las reelaboraciones de temas como el de la autonomía de lo político sino, incluso, las perspectivas que llevan al tandem Deleuze-Guattari a hablar del “devenir minoritario” de las nuevas formas marginales del trabajo en revuelta al margen de los grandes paradigmas del enfrentamiento político de la fase anterior. Sin embargo, aunque la pérdida de la centralidad del obrero fabril resulta ya entonces evidente, no está en absoluto clara aún la perspectiva desde la que deba ser abordado el análisis de las nuevas formas del antagonismo y de la subjetividad anticapitalista: a finales de los 70, algunos autores hablan de fin del mundo del enfrentamiento en nombre de la extensión del modelo de las clases medias, y proclaman el fin de la lucha de clases por mor del triunfo de lo social.

En *Del obrero masa al obrero social*, en 1979, Negri ha insistido en la necesidad de entender, frente a modelos de ese tipo, que el obrero social no es sólo una determinación *social* de la productividad sino, en la misma medida al menos, una determinación *obrera* (una polaridad de enfrentamiento) de lo social construido. Con todo, es la confluencia con la obra de Spinoza (a cuyo estudio ha dedicado en prisión un monumental trabajo) y, por otro lado, la colaboración con Guattari, lo que termina modulando el análisis no sólo hacia la determinación conflictiva de los sujetos sociales sino, fundamentalmente, hacia la afirmación de una prolongación ontológica, constituyente, que la construcción de las subjetividades antagonistas trae aparejada: lo social es, así, entendido como el resultado del juego inmanente de la cooperación productiva, y el obrero social como la expresión de la nueva composición de clase de un proletariado cuya potencia social y socializadora sólo puede ser ya reconducida al orden del capital mediante un ejercicio de poder que garantice el dominio político sobre la socialización triunfante. Obrero social como poder constituyente. Dominio político como residual y anacrónica excrecencia de un capitalismo a la defensiva y quemando sus últimos cartuchos.

Tal es la inversión producida en el análisis teórico, y tal la opción que anima la “nueva” andadura que *Las verdades nómadas* pretenden abrir. Desde ella, la obra se esfuerza por recomponer la imagen de unos movimientos que si han sido vistos habitualmente como síntomas de la descomposición de las formas de resistencia, son ahora presentados como el efecto, precisamente, de todo lo contrario: de una emergencia de nuevas subjetividades antagonistas cada vez menos preocupadas por atenerse a los modelos organizativos del obrero masa y que se dotan de una serie de máquinas de lucha que -a pesar de su inestabilidad y de su debilidad- escapan del modelo de las mediaciones necesarias propio de los antiguos aparatos de la clase obrera y que, frente a la estrategia también mediadora que aquellos desplegaban,

toman como objetivo (primero y último: sin fases y, por eso, sin aplazamientos) la reconquista del valor y la reapropiación de los espacios de cooperación y de socialidad que el capital ha fagocitado: refundación de la democracia en el seno de una dinámica que obliga continuamente a la renovación de los mecanismos constitucionales; imposición del tiempo de vida frente al tiempo de la producción.

Así, los años 70 son presentados como los de la gestación y el crecimiento de un nuevo tipo de formas de la resistencia, al principio marginales pero cada vez más extendidas y potentes, que vienen a renovar las antiguas formas de lucha en la nueva articulación del mando en la época del Capitalismo Mundial Integrado: la que el dominio del capital ha debido adoptar en este período para subsistir ante la potencia de las luchas obreras. En correspondencia, el dominio capitalista es presentado como cada vez más precario (aunque no por ello menos despótico) por cuanto no puede desarrollarse sino a la defensiva, contrarrestando continuamente las potencias del cambio desplegadas por el poder constituyente que el obrero social personifica. No es de extrañar que en otros textos del período 85-87 sea precisamente la problemática de la constitución de la subjetividad (desde *Fabbricche del soggetto* hasta *Lenta Ginestra*) la que ocupe el centro de las reflexiones abordada por Negri, ni que en las sucesivas versiones de las tesis sobre el poder constituyente (que encuentran su forma definitiva en el artículo acerca de la “Interpretación de la situación de clase hoy: aspectos metodológicos”) asistamos a un esfuerzo de sistematización de las novedades que la nueva etapa post-fordista, advenida tras las revueltas del 68, suponen frente a las fases anteriormente transitadas por la relación capitalista (esas que son identificadas desde la afirmación del papel fundamental de las figuras del “obrero-profesional” de 1848 a 1914 y del “obrero-masa” de 1914 a 1968) desde el punto de vista de las formas realizarse la autovaloración obrera o, lo que viene en último término a lo mismo, de la nueva subjetividad revolucionaria.

Recogiendo en buena medida las tesis sobre la autonomía de clase elaboradas ya en el período “obrerista”, puede desde esta forma de análisis seguir manteniéndose -puede incluso radicalizarse la afirmación- que el proletariado, a través de las formas del enfrentamiento y la resistencia que despliega, se desarrolla como potencia alternativa al orden capitalista y genera un universo de relaciones que es “autónomo” respecto del mismo y que, además, dada su fuerza, se impone al capital como el elemento que debe ser dominado y como la expresión de un valor propio que impide el funcionamiento de los mecanismos de la valorización capitalista, de la explotación y del dominio de clase. Precisamente es esta forma de ver las cosas la que sustenta las líneas de investigación que se despliegan desde *Las verdades nómadas* y que son recorridas y prolongadas en los posteriores textos de Negri: si el capital ha adoptado las formas que ahora tiene, ello es, precisamente, porque no le ha sido posible encontrar otro modo de imponer su dominio a una completa extensión a toda la esfera social de la autonomía de clase del nuevo proletariado. El proletariado, finalmente, al hilo del fortalecimiento que ha adquirido su autonomía en las últimas fases de los enfrentamientos del obrero-masa contra las estructuras de la mediación que garantizaban la efectiva posibilidad de la producción para el plusvalor, ha hecho realidad el sueño de una articulación *social* de todas las instancias productivas y vitales y, así, ha construido eso que la tradición marxista venía llamando “socialismo” (ganando, al mismo tiempo, la batalla de la historia: siendo el socialismo la última fase del desarrollo capitalista, el comunismo se presenta no sólo como liberación del trabajo sino, además, como el único posible grito de la vida, como la única alternativa frente a la barbarie que, de otro modo, parece conducir a un inevitable exterminio): el comunismo no sólo es un anhelo glorioso sino que, además, como afirmará Negri años más tarde, están dados sus “prerrequisitos”: no precisa de ninguna toma de palacios de verano o de invierno porque, precisamente, consiste en la construcción de esa forma de cooperación inmanente y sin mediaciones que hace innecesarios todos los palacios e irrelevantes sus eventuales “tomas”.

La revolución que, según rezan los títulos de los capítulos de *Las verdades nómadas*, ha comenzado en el 68 y continúa más viva que nunca, se viene afirmando con la fuerza de un poder auténticamente constituyente que la resistencia obrera ha puesto en marcha y que no puede ser anulado porque se nutre de una socialidad productiva que el capital no puede suprimir porque sin ella tampoco podría conservar la existencia. Victoria obrera: “el rechazo del trabajo ha ganado” puede leerse en *El exilio*.

Esta peculiar modulación de la perspectiva del análisis, sin duda manifestación de un optimismo de la voluntad que quiere dotarse de las formas propias de una razonable presentación de las cosas, por más que resulte “evidentemente optimista” e incluso “ingenua”, no deja de sorprender por su inmensa fertilidad y por su gran capacidad para generar sugerentes descripciones de las nuevas formas de relación productiva y/o social. Es precisamente esta “doble” circunstancia la que hace de Negri uno de los autores más leídos desde las posiciones del antagonismo práctico y teórico y, al mismo tiempo, uno de los más discutidos: diríase que todo sucede dando la razón a sus análisis y, sin embargo, negándosela continuamente. En último término, la posición de Negri puede resumirse recurriendo a una simplificación que resulta, en sí

misma, expresión contradictoria de lo que a todas luces es una teorización paradójica: la nueva etapa que se abre tras el 68, caracterizada por la extensión del modelo del obrero social en el horizonte estructural de un postfordismo mundializado es la de la subsunción de lo real al capital y es también, por ello, la de la socialización exhaustiva del capitalismo y de su estructura productiva, de manera que la resistencia - cualquier resistencia- al dominio político sobre el dinamismo inmediatamente social de la vida es, en sí misma, síntoma de autoorganización, de autonomía, de autovalorización de clase y de desestructuración del poder capitalista; una subjetividad antagonista puesta en acción. La subsunción real, cristalización última de la imposición del interés privado a la forma social y colectiva de la productividad, resultado de la generalización de las dinámicas de la lucha de clase, al menos tanto como una determinación del poder y del dominio de clase, es un síntoma de la potencia colectiva y de la liberación en ciernes: porque el obrero social lo es en la medida en que encarna la máxima generalización del trabajo abstracto (del trabajo sin más determinación, esto es, de la igualdad e intercambiabilidad absoluta de los distintos individuos en el proceso productivo) y porque, en consecuencia, sólo puede desplegarse como efectiva descentralización (socialización si se quiere) de la toma de decisiones y del control del aparato productivo en su conjunto. El dominio del capital, desde esta presentación de la especificidad del obrero-social y de la centralidad funcional de su figura, sólo es posible mediante una reterritorialización continua del poder, del saber y de la subjetividad, de manera que la obediencia se imponga a las pulsiones inmediatamente antagonistas, que la mediación “molar” se imponga a la construcción de colectividades “moleculares”, que los flujos de comunicación y que las formas del saber social (del saber-hacer y del imaginario colectivo: tal el “general intellect” del que Negri habla y que da título a la segunda parte del libro publicado en la colección “Cuestiones de antagonismo”) se orienten al mantenimiento del orden y no a su ruptura.

Y en esta última cuestión está precisamente la clave de ese peculiar empeño que los hechos parecen tener por mostrar, al tiempo, la validez y la incorrección de los análisis de Negri: esos análisis parten de la evidente diferencia que el Capitalismo Mundial Integrado (por seguir utilizando su propia expresión) de las tres últimas décadas presenta frente a la articulación política, social y productiva del período anterior, y de la utilización de la figura (particularmente acertada) del obrero social como elemento desde el que proponer una conceptualización novedosa de las relaciones capitalistas. Así, sus descripciones dan bastante bien cuenta de las modificaciones que se vienen produciendo, e incluso permiten abrir perspectivas de investigación en campos de otro modo dejados de lado (los realizados con M. Lazzarato sobre el “trabajo inmaterial” son particularmente interesantes); por otra parte, las proyecciones teóricas que la figura del obrero social permite realizar (especialmente en cuanto a la determinación de los “lugares” estructurales en que es esperable la aparición de situaciones críticas: recuérdese el crack bursátil de 1987 o el derrumbe, tras 1989, del llamado “bloque del Este”, que habían sido identificados como puntos de fricción del nuevo modelo del funcionamiento del capital) parecen ser continuamente confirmadas por los hechos. Sin embargo, la perspectiva de actuación “política” que Negri pretende fundar en la pertinencia analítica de esa misma figura, ni escapa a la determinación minoritaria ni puede dejar de aparecer como “ensueño” utópico o como ingenuidad: como optimismo voluntarista. En realidad, esto no puede parecer extraño si se tiene en cuenta la diversidad de los posicionamientos políticos que, de hecho, pueden seguirse de unas posiciones analíticas semejantes: desde un análisis similar al que Negri viene realizando, y compartiendo en buena medida los resultados descriptivos del mismo, por ejemplo, podría citarse ese afincamiento en la irremediabilidad de la derrota que parece haberse convertido en carta de presentación de un autor como G. Albiac, que ha compartido amistad con Negri, que ha prologado libros suyos, que ha encontrado en él al más adecuado prologoísta para los propios, pero que en absoluto podría considerarse hoy un anunciador del comunismo inminente. Más aún: una divergencia, que si no es similar sí tiene al menos el mismo punto de inflexión, puede rastrearse ya en la obra de los dos autores que firman *Las verdades nómadas*: cualquier lector atento de la obra de ambos autores notará hasta qué punto en este texto el trabajo de escritura común ha tenido que ser complejo y apreciará por lo mismo la belleza (teórica y estética) de un trabajo que ha sabido conjugar como un discurso común dos discursos en verdad diferentes; cualquier lector atento, igualmente, habrá notado la inmediata divergencia de las direcciones recorridas a partir del mismo (hacia el “esquizoanálisis” y la “ecosofía” la obra de Guattari, hacia el “poder constituyente” y el trabajo en *Futur antérieur* la de Negri), que es explicitada por ambos autores en la entrevista “más allá del retorno a cero” (Negri entrevista a Guattari en 1990 para el nº 4 de *Futur antérieur* a propósito de la publicación de las *Cartographies schizoanalytiques*): allí donde Negri ve la posibilidad (además de la necesidad y la urgencia) de construir u organizar una subjetividad antagonista que tome a su cargo la transformación del dominio político capitalista en democracia comunista sin mediaciones, Guattari insiste en los efectos siempre irreductiblemente heterogéneos y singularizantes que producen los diversos agenciamientos de enunciación, en la imposibilidad e inutilidad de pensar una subjetividad antagonista, en la necesidad de pensar, más bien, una pluralidad de subjetividades autónomas y finitas, moleculares, y, por tanto, en la necesidad de entender la decisión política de la liberación y de la construcción del comunismo, no tanto desde la proliferación de “máquinas molares”

cuanto a partir de una “aprehensión pática no discursiva”, de una “adhesión existencial” que, desde la unidad emocional de la pulsión libertaria o comunista y el sentimiento agudo de la precariedad de las formas normalizadas de vida, sea capaz de crear el “acontecimiento” revolucionario.

No deja de ser curioso notar cómo la multiplicación de los caminos que se pueden recorrer desde un mismo texto ha sobredeterminado, también en este caso, la historia de su publicación en castellano: en 1996, casi simultáneamente, apareció traducido en dos versiones diferentes: una, en la editorial Gakoa, que se completaba con la de una serie de textos en los que se colocaba en pié de igualdad las prolongaciones que produjo en Negri y en Guattari (y que incluye la entrevista de Negri a Guattari a la que hemos aludido más arriba); otra en ediciones Iralka, que al añadirle únicamente la traducción del artículo de Negri “de la transición al poder constituyente” (un artículo de 1990 que, por otra parte, había ya sido traducido ese mismo 1996 en el número 7 de esta revista *Riff Raff*) parece mostrar que la obra es un momento de la producción de Negri que no tiene ningún problema de continuidad temática o conceptual con las posteriores obras de este autor.

El texto que ahora ha sido publicado en la editorial Akal recoge la versión inicialmente aparecida en Iralka y la acompaña de la traducción de los artículos de Negri publicados entre 1990 y 1998 en *Futur antérieur*, reunidos bajo el título de *General Intellect, poder constituyente, comunismo*: un título que apunta perfectamente a las prolongaciones de su pensamiento tras lo que considera los primeros síntomas del fracaso del modelo postfordista de salida de la crisis, con una insistencia cada vez mayor en la importancia que tiene, para el propio funcionamiento del sistema capitalista, la multiplicación de las formas del trabajo inmaterial, el creciente flujo de información que organiza, condiciona y posibilita el ciclo productivo y la absoluta disponibilidad de la misma, elementos fundamentales que evidencian hasta qué punto el capital no puede ya expropiar a la colectividad la posibilidad de utilización de un saber colectivo ahora permanentemente disponible: el obrero social está en posesión del conocimiento completo del ciclo productivo y, en tanto que esa disponibilidad es general y generalizada, la posibilidad efectiva de actualización del comunismo está cada vez más presente y depende sólo de esa subjetividad antagonista que, solicitada continuamente, es un acontecimiento que, sin embargo, no cuaja.

El texto de Negri es, sin duda, fundamental a la hora de disponer de los elementos teóricos que permitan entender el nuevo orden mundializado en el que vivimos. En mi opinión, con todo, el principal problema del que está pendiente (si Negri tiene razón... ¿por qué aún no comunismo?, o... ¿por qué resulta tan compleja la construcción de la famosa subjetividad antagonista?), ese problema al que ya Guattari apuntaba, pesa como una losa sobre una posible consideración que pretenda ser algo más que descripción analítica para una eventual profundización teórica.